

El hombre de la lealtad

Euzko Gaztedi, 1960-04: 4-5.

Acaba de morir en el exilio, donde a veces tienen que salir a morir los hombres, uno que supo mantener ese difícil equilibrio de la consecuencia moral con los principios, con los compromisos políticos y con la amistad personal.

La lealtad fue el precio de su vida cuando en la desesperada defensa del monte Artxanda, en los últimos momentos de Bilbao, los gudarís tuvieron que sacarlo a la fuerza de sus posiciones; la lealtad fue el precio de su familia, cuando tuvo que internarse temerariamente en Berlín en 1941, desafiando a la Gestapo; la lealtad a la palabra empeñada bajo el Arbol de Guernica en octubre del año 1936, le exigió el duro sacrificio de 23 años al frente de los destinos democráticos de su pueblo en el exilio.

Esta virtud de la nobleza fue para José Antonio de Aguirre, Presidente del Gobierno de Euzkadi, un compromiso rígido: ha podido cometer errores políticos, pero nunca una falta de hombría, nunca una deslealtad.

"Compatriotas –decía en una de las conferencias que pronunció en el Centro Vasco de Caracas en abril último– ser agradecidos a este suelo que tuvo la magnanimidad de ofreceros un hogar cuando os privaron del vuestro propio, porque la lealtad es una virtud que ha acompañado a nuestro pueblo por siglos, y esta tradición compromete nuestra conducta".

Nadie se engañó con él en esta vertical línea moral que define su carácter durante toda su vida política, que comienza en 1931, con la proclamación de la República, y termina en su exilio de París el día 22 de marzo de 1960. Siempre se declaró vasco, demócrata y católico, y tuvo la entereza de proclamarlo insobornablemente y de actuar de acuerdo a sus principios en todas las circunstancias de su vida privada y pública.

"Nuestra posición fue clarísima –dijo en el discurso que pronunció en el Parlamento Español el 1º de octubre de 1936, en Madrid, fecha en que fue concedida la autonomía al País Vasco–, luchando la democracia contra el fascismo, el imperialismo contra la libertad vasca, el nacionalismo había de colocarse, como siempre en nuestra historia se colocó, al lado de la democracia y de la libertad. Junto a ella seguimos, como vosotros sabéis tan bien como nosotros. La República abrió vías para las aspiraciones de los pueblos que, como el nuestro, constituyen una nacionalidad y tienen una finalidad de libertad. Estos principios en muchas ocasiones, señores diputados, harán que nos coloquemos frente a algunos de vosotros, como nos colocamos otras veces al defender con lealtad y absoluta claridad nuestro pensamiento católico. ¡Ah! Pero en este momento aparecemos a vuestro lado por otros motivos: primero porque Cristo no predicó la bayoneta, la bomba, el explosivo para las conquistas de las ideas y corazones, sino el amor; y segundo, porque de vuestro movimiento proletario, porque de vuestras emociones sociales, a nosotros no nos asustan, salvando las diferencias ideológicas y de principios, cuanto en ellas existe de

justicia y de necesidad. Hasta vencer al fascismo –dijo terminando–, el patriotismo vasco seguirá siempre en su puesto".

Después, el hombre y su pueblo fueron leales en la guerra, en la lucha sorda del exilio, y siguen siendo leales en la resistencia al tirano. El lo ha sido hasta la muerte: su pueblo sabrá ser digno de esta ejemplar conducta.

Esta lealtad, vertical a los principios y a la palabra empeñada, no fue de manera alguna gratuita.

Cuenta en su libro "De Guernica a Nueva York, pasando por Berlín", que al mismo tiempo que recibía del Quirinal una proposición de paz dirigida por el Cardenal Secretario de Estado, Monseñor Pacelli, después Papa Pío XII, le llegaba a mediados de mayo de 1937, dos semanas después del bombardeo de Guernica, un diplomático italiano, el Conde Calavetti de Sabina, proponiéndole por encargo del Conde Ciano y en nombre de Mussolini una paz separada con los vascos, con la consecuencia de un protectorado italiano sobre Euzkadi.

– ¡Pero si eso no lo consiguió ni la Roma de Augusto! –le dijo Aguirre al emisario. –Contéstele usted que los vascos no admitimos ninguna proposición donde se mencione la palabra rendición.

Su adhesión al espíritu de libertad que representaba América, tuvo grandes compensaciones cuando llegó a estas costas por primera vez.

"¡Qué contraste entre los días de persecución pasados y el honor de ser recibido por los presidentes de las República Americanas, por el Congreso del Uruguay en sesión solemne e inolvidable –dice a su llegada, después de conseguir escapar de la Europa ocupada–. Sí, bendita la tierra que vibra al conjuro de la palabra libertad, aquélla en que podemos descansar los peregrinos de un ideal. A pesar de mi insignificancia, estos hombres de América vieron en mí un símbolo de la libertad perseguida; yo representaba para ellos la epopeya de un pueblo pequeño, pero de alma grande, que derramó generosamente su sangre porque no tenía entrañas de siervo".

Y, sin embargo, su lealtad a aquella América libertaria, que alcanza geográficamente los confines de los hielos del Norte, y donde vivió luego como profesor de la Universidad de Columbia hasta la derrota del nazi-fascismo, lo defraudó. Al ilustrado exilado le dolió la deslealtad de quienes diciéndose defensores de la libertad, se avenían en sostener su más encarnizado enemigo, el franquismo nazi-fascista, con la macabra complicidad de quien aguanta a un muerto.

Este desengaño lo traía a él doliéndole muy hondo el alma durante la última visita que hizo a Venezuela.

"Quienes niegan que la guerra es ideológica son los causantes de la confusión ideológica", –decía. "La defensa de los principios de libertad y de la dignidad humana son inviolables, y aquellos que por comodidad táctica o por mala fe recurren a procedimientos políticos desleales, sufrirán un día u otro las consecuencias".

Este vasco que practicaba así la lealtad a su pueblo, a sus principios políticos, a su fe, a sus amigos y hasta a sus enemigos, ha muerto en el exilio, víctima del odio salvaje que aún siguen manteniendo los seudo cristianos de la espada después de 24 años de iniciar criminalmente una guerra civil.

Quienes impusieron la razón de las armas, continúan todavía castigando a garrote vil el delito político, siguen mandando a los pueblos como rebaños, despojados de las libertades humanas más elementales con qué organizar su vida política, empujados a bayonetazos de la guardia civil, amenazados con las pistolas de las brigadas de represión política y social.

Este hombre ejemplar, que dedicó su vida a la causa de la libertad, será sepultado en tierra vasca.

Afortunadamente, la injusticia perenne de estar el territorio vasco repartido entre Francia y España, permite a los vascos, como bien decía Unamuno, contar con una casa de dos compartimentos; cuando se declara el incendio en uno, queda siempre el recurso de la otra parte de la casa, donde pasar los trastos de pensar y sentir, y también donde sepultar en paz a sus muertos.

Hasta su lecho de tierra le acompañará todo el pueblo vasco, sobre sus piernas o mediante ese angustioso vuelco del alma que une a las gentes como si estuviesen tocándose los hombros. Su cuerpo regresa a la tierra de sus abuelos, en el cementerio de Donibane Loitzun (Saint Jean de Luz), donde ya reposan los huesos de su buena madre, también fallecida en el exilio. Pero su ejemplo de lealtad y de amor patrio y de hombría de bien quedará vivo en cada uno de los corazones que componen su pueblo con el mensaje indeleble de su fe en el hombre y su libertad.